



Vision á la vez terrible y consoladora, la veremos cumplirse en su lugar. Durante cuatrocientos años, la posteridad del patriarca comenzada en su hijo Isaac, habitará en una tierra que no será ni Canaan ni Egipto. En esta última será esclava y afligida; pero á la cuarta generacion vendrá á poseer el país de los amorreos, cuyas iniquidades habrán llegado entonces á su colmo.

Abram sabia así de antemano la historia de su descendencia; pero todavía no la veía venir. Todas las apariencias eran contrarias. Sarai, su mujer, era estéril y además de edad avanzada, porque tenia setenta y cinco años. Ella misma, viendo esto, dijo á su marido: «Hé aquí el Señor me ha hecho estéril; por favor, tomad por mujer mi sierva (era una egipcia llamada Agar), por ver si por lo ménos tendré hijos de ella.» Condescendiendo Abram á sus ruegos, tomó de su mano á Agar por mujer de segundo rango. Era el décimo año desde que comenzaron á habitar en la tierra de Canaan. Pero viendo Agar que habia concebido, despreció á su señora, Esta le expuso sus quejas. Abram la respondió que tenia siempre el mismo poder sobre su sierva. Y como Sarai la castigase, fué huyendo. Y habiéndola hallado el ángel del Señor en un lugar solitario junto á una fuente de agua que está en el camino del desierto, la dijo: «Vuélvete á tu señora, y humíllate debajo de su mano. Multiplicaré tu posteridad prodigiosamente, y no se podrá contar por la multitud. Hé aquí que has concebido, y parirás un hijo que llamarás Ismael (es decir, *Dios ha oído*), porque el Eterno ha oído tu afliccion. Será un hombre fiero: su mano se levantará contra todos, y la mano de todos contra él; y plantará sus tiendas frente á frente de todos sus hermanos (1).

Prediccion admirable, que se cumplió después de cuarenta siglos. Después de cuarenta siglos, la posteridad de Ismael, los árabes ismaelitas, forman un pueblo fiero, nómada, indomable; después de cuarenta siglos, atravesando los desiertos, pone sus tiendas frente á frente de sus hermanos los israelitas, los idumeos

(1) Gén., 16.

y los demás descendientes de Abram por Cethura. Sus correrías se extienden desde Maroc y Argel hasta más allá de las ruinas de Babilonia y de Nínive. Siempre independiente, no la Asiria, ni la Persia, ni el Egipto, ni Roma, ni la Puerta, han podido reducirla.

Su mano se ha levantado contra todos, y la mano de todos contra ella; pero ninguno la puede aniquilar, tiene una promesa.

¡Ah! concluyamos por reconocer, en el cumplimiento, lo que Agar supo reconocer solo en la promesa. Cuando el personaje que la hablaba se volvió para marcharse, ella reconoció al Eterno y exclamó: «¡Oh! Dios, que me habeis visto y que os habeis hecho visible!» Por eso llamó aquel pozo, cerca del cual tuvo lugar esta aparicion, Pozo del viviente y que me ve. Este está en el desierto entre Cades y Barad.

Habiendo vuelto Agar á su señora y humillándose bajo de su mano, parió un hijo á Abram, que llamó Ismael, segun la orden que el Señor habia dado. Abram tenia entonces ochenta y seis años (1).

Hasta entonces, este patriarca se llamaba Abram, es decir, padre exaltado, y su mujer Sarai, es decir, mi princesa. El Señor, que quería por medio de ellos comenzar las más grandes cosas, les cambió su nombre de la manera que sigue:

Abram entraba en los noventa y nueve años cuando el Eterno se le apareció y le dijo: «Yo soy el Dios Todopoderoso; anda en mi presencia y sé perfecto. Estableceré mi alianza entre mí y tí, y multiplicaré infinitamente tu raza. Postróse Abram sobre su rostro.» Dios continuó: «Yo soy y mi pacto contigo, y serás padre de muchas gentes. Y en adelante no te llamarás Abram, sino Abraham; porque te he puesto por padre de muchas gentes, y te haré crecer extraordinariamente, te haré llegar á ser naciones enteras, y reyes saldrán de tí; y estableceré mi pacto entre mí y tí, y entre tu posteridad después de tí en sus generaciones con alianza eterna; para ser Dios tuyo, y de tu posteridad, después de tí; y te daré á tí y á tu posteridad la tierra de tu peregrinacion, toda la

(1) Gén., 16.



tierra de Canaan, en heredad perpétua, y seré el Dios de ellos.»

No sólo Dios da al patriarca un nuevo nombre para ser el memorial de sus promesas; quiere, además, que lleve en su carne un signo exterior de su alianza.

«Hé aquí la alianza que guardareis entre mí y vosotros, y tu posteridad después de tí: Todo varon de entre vosotros será circuncidado, y circuncidareis vuestra carne, á fin de que sea por señal de la alianza entre mí y vosotros. El niño de ocho dias será circuncidado entre vosotros, como tambien todo varon en vuestra casa, como el que comprareis, será circuncidado, y todo el que no fuere de vuestro linaje. Y estará mi pacto en vuestra carne para alianza eterna. El varon que no hubiere sido circuncidado en la carne al octavo dia, será separado de mi pueblo, porque invalidó mi pacto.»

Dijo aún más á Abraham: «A Sarai, tu mujer, no llamarás Sarai, sino Sara, es decir, la princesa por excelencia; y la bendeciré, y de ella te daré un hijo, á quien he de bendecir, y será padre de muchas naciones, y reyes de pueblos saldrán de él.» Postróse Abraham sobre su rostro y rióse, diciendo en su corazón: «Acaso piensas que de hombre de cien años nacerá hijo? ¿Y Sara de noventa años ha de parir?»

Y dijo á Dios: «Ojalá Ismael viva delante de tí.» «En verdad, respondió el Señor, Sara, tu mujer, te parirá un hijo, y llamarás su nombre Isaac (es decir, *risa*), y estableceré mi pacto con él y con su posteridad después de él para alianza eterna. Te he oído tambien sobre Ismael: Hé aquí, le bendeciré y haré crecer, y lo multiplicaré mucho; doce príncipes engendrará y le haré caudillo de grande gente. Mas en cuanto á mi alianza, yo la estableceré con Isaac, que Sara te parirá en este tiempo, el año siguiente.»

Cuando Dios hubo acabado de hablar, subió de junto á Abraham. Este tomó al punto á su hijo Ismael, y á todos los siervos nacidos en su casa, y á todos los que habia comprado, á todos los varones que eran sus domésticos, y circuncidó su carne en el mismo dia, segun

Dios le habia mandado. En fin, en este mismo dia, él mismo circuncidó su carne; tenia entonces noventa y nueve años, é Ismael tenia trece cumplidos (1).

En memoria de su antepasado, los árabes diferian la circuncision hasta los trece años; Josefo es testigo (2). Los árabes dominaron algun tiempo en Egipto. Es, pues, posible que los sacerdotes y los sábios hayan tomado de ellos el uso de circuncidarse al décimocuarto año, como nos lo dice San Ambrosio (3). Una palabra de Herodoto parece apoyar esta conjetura. Dice que en su tiempo (escribia hácia la mitad del quinto siglo antes de la era vulgar) los egipcios no sabian si la circuncision habia empezado entre ellos, ó si les habia venido de los etiopes (4). Ahora bien: este último nombre, antiguamente muy vago, se da en la Escritura á una tribu de árabes, los Madianitas (5). El mismo Herodoto habla de los etiopes de la Arabia, que podian ser los árabes ismaelitas (6). Cuando este autor añade, y segun Diodoro de Sicilia, que los Siros de Palestina ó los judíos habian traído la circuncision del Egipto, como no conocian á los judíos sino después de su emigracion de este país, tenian razon en su sentido. Por lo demás, á juicio del egipcio Manethon, Herodoto es una garantía poco segura cuando se trata de la historia egipcia. Un fragmento atribuido al Fenicio Sanchoniathon nos ofrece indicios más verdaderos: dice este historiador que un personaje divino que reinó en Fenicia y que inmoló al cielo su hijo único, se circuncidó á sí mismo y obligó á todos sus compañeros á hacer otro tanto (7). Es difícil no reconocer á Abraham en estos hechos: el país de Fenicia y el de Canaan es absolutamente el mismo. Un antiguo autor, Artapan, asegura que fué Moisés el que comunicó la circuncision á los sacerdotes egipcios, y aun á los etiopes (8).

(1) Gén., 17.

(2) *Antiq.* lib. I, cap. XIII.

(3) *De Abraham*: lib. II, cap. XI.

(4) L. II, cap. CIV.

(5) *Num.*, 12, 1.

(6) L. III, p. 225, *edit. græco latina*. Heur. Steph.

(7) Apud. Euseb., *præp. ev.*, lib. I, cap. X, página 38 y 40.

(8) Apud. Euseb., lib. IX, cap. XXVII.





Nos parece imposible conciliar estos diversos testimonios. Más de mil años antes de Herodoto, los sacerdotes egipcios habrán aprendido á conocer y á estimar la circuncision por el yerno del gran sacerdote de Heliópolis, el patriarca José, y despues por toda la familia de Jacob; Moisés, instruido en todas sus ciencias, les habrá confirmado en esta idea. En tiempo de Herodoto, ellos habrán sabido, ó lo que es más creible, no habrán querido decir de dónde la tenían originariamente. Los Etiopes, encima del Egipto, habrán podido recibirla por el mismo conducto. En cuanto á los habitantes de la Colquida, entre los cuales Herodoto encontró la misma práctica, eran probablemente una colonia de las diez tribus de Israel, dispersas entonces por todo el mundo. Finalmente, los descendientes de Abraham por Agar, los árabes ismaelitas; sus descendientes por Sara, los israelitas y los idumeos; y sus descendientes por Céthura, entre otros los madianitas, llamados tambien etiopes, han podido fácilmente introducir la circuncision en paises donde no pudiera esperarse que se habia de encontrar. Un sólo hecho bastará siempre para llevarnos á su primer origen; en todas partes la historia es vaga, el origen desconocido, la significacion nula. Entre los judíos únicamente todo es preciso, todo toma un carácter moral y figurativo, en donde se diseñan los más profundos misterios de la naturaleza humana.

Quando Dios prescribió la circuncision á Abraham, le dió, así como á su mujer, un nuevo nombre: les anunció su hijo, nacido de una manera nueva y milagrosa. Todo proclama una renovacion, una regeneracion. Lo que es viejo es degenerado; hay alguna cosa viciada en la naturaleza humana que es necesario excluir para llegar á ser una criatura nueva. «Circuncidad, pues, el prepucio de vuestro corazon, dijo Moisés á los descendientes de Abraham (1).» «Circuncidaos al Eterno; y quitad la incircuncision de vuestro corazon, hombres de Judá y habitantes de Jerusalem,» añade el profeta Jeremías (2); es decir, como lo explica San Pa-

(1) Deut., 10, 16.  
(2) Jerem., 44.

blo en todas sus epistolas, separad de vosotros los apetitos carnales. Pero este despojo del hombre viejo, esta trasformacion en el hombre nuevo, no se hace sino por la gracia del nuevo Isaac; la regeneracion de la humanidad no tendrá lugar sino despues que haya aparecido Aquel que será el Isaac verdadero, el que traerá la alegría del cielo á este valle de lágrimas. Entonces, cuando haya venido la realidad, desaparecerá la figura; porque en Jesucristo la circuncision no vale más que la incircuncision, sino la fe que opera por la caridad (1).

Habiendo llegado á ser Abraham, aun en su carne, un hombre nuevo, Jehová se le manifestó de una manera nueva en el valle de Mambré. Estaba sentado á la puerta de su tienda, en el mayor calor del dia, cuando alzando los ojos vió á tres hombres puestos en pié junto á él, y cuando los vió, corrió desde la puerta de la tienda á recibirlos, é inclinóse á tierra, y dijo: «Señor, te ruego si he hallado gracia en tus ojos, no pases de tu siervo. Permitidme que traiga un poco de agua, lavad vuestros piés, y reposad debajo del árbol. Traeré un poco de pan, y fortaleced vuestro corazon, despues pasareis adelante; porque por esto sin duda habeis venido hácia vuestro siervo.» Ellos dijeron: «Haz como lo has dicho.» Entró Abraham presuroso en la tienda de Sara, y le dijo: «Ve pronto, amasa tres sacos de flor de harina, y haz panes cocidos bajo el rescoldo.» Y él fué corriendo á la vacada y tomó de allí un becerro muy tierno y muy bueno, y diólo á un mozo, el cual con diligencia fué y lo coció. Tomó tambien manteca y leche y el becerro y lo puso delante de ellos, y él estaba en pié á su lado debajo del árbol.

Luego que hubieron comido, le dijeron: «¿En dónde está Sara tu mujer?» Y él respondió: «Ahí está en la tienda.» Y uno de ellos dijo: «Yo volveré hácia tí en este mismo tiempo, y tú vivirás; y Sara, tu mujer, tendrá un hijo.» Oido esto, rióse Sara detrás de la puerta de la tienda, porque los dos eran ancianos y de edad avanzada, y Sara habia pasado la edad de la maternidad. Ella se rió ocultamente, diciendo:

(1) Gal., 5, 6.



«¿Despues que he envejecido, y mi señor es ya anciano, me he de entregar al deleite?»

Y dijo el Señor á Abraham: «¿Por qué se ha reido Sará, diciendo: será verdad que yo he de parir siendo vieja? ¿Pues qué, para Dios hay alguna cosa difícil? Al plazo señalado volveré á tí, en este mismo tiempo, y tú vivirás y tendrá Sara un hijo.» Sara llena de temor lo negó diciendo: «No me he reido.» Y ella lo negó porque estaba poseida de temor. Pero él dijo: «Esto no es así, sino que te has reido.»

Despues que estos hombres se levantaron, volvieron los ojos hácia Sodoma; y Abraham iba con ellos conduciéndoles. Y dijo el Señor: «Pues qué, ¿podré encubrir á Abraham lo que voy á hacer, habiendo de ser caudillo de gente grande y muy fuerte, y debiendo ser benditas en él todas las naciones de la tierra? Porque yo sé que mandará á sus hijos y á su casa despues de él, que guarden el camino del Señor, y hagan juicio y justicia, para que el Señor cumpla por amor de Abraham todo lo que le he hablado.»

Díjole, pues, el Señor: «El grito de Sodoma y de Gomorra se ha acrecentado y su pecado se ha agravado en exceso. Descenderé y veré si el clamor que ha llegado hasta mí, lo han colmado con la obra; ó si no es así, para saberlo.» Entonces estos hombres apartáronse de allí y se encaminaron hácia Sodoma. Mas Abraham se mantenía todavía en pié delante del Señor. Y acercándose dijo: «¿Por ventura destruirás al justo con el impío? Si hubiera cincuenta justos en la ciudad, ¿los exterminarías con los demás? ¿Y no perdonarás á aquel lugar por amor de los cincuenta justos, si se hallaren en él? Lejos esté de tí el que hagas tal cosa, y el que mates al justo con el impío, y el que el justo sea como el impío, esto no es propio de tí; tú, que juzgas toda la tierra, de ninguna manera harás tal juicio.»

Díjole el Señor: «Si hallare en Sodoma cincuenta justos, perdonaré á toda la ciudad por causa de ellos.»

Abraham respondió: «Ya que he comenzado una vez, hablaré á mi Señor, siendo yo polvo y ceniza; si hubiere cinco justos ménos de los cincuenta, ¿destruirás toda la ciudad por

los cuarenta y cinco?»—«No la destruiré, si hallare allí cuarenta y cinco.» Abraham continuó: «Si encontrases cuarenta, ¿qué harás?» Y dijo: «No la heriré por causa de los cuarenta.»—«No llesves á mal, Señor, os ruego, si aún vuelvo á hablaros. ¿Si se hallaran allí treinta.»—«No lo haré, respondió, si hallare allí treinta.»—«Pues ya que he comenzado, dijo todavía Abraham, hablaré á mi Señor. ¿Si se hallaran allí veinte.»—«No la destruiré por causa de los veinte.»—Te ruego, Señor, prosiguió, que no te enojés, si hablo aún esta vez. ¿Y si se hallaren allí diez?»—Y dijo: «No la destruiré por causa de los diez.»

Y se fué el Señor luego que cesó de hablar Abraham, y él se volvió á su lugar (1).

¡Cuán bueno es el Señor para con los que tienen el corazon recto! (2) ¡Con qué inefable condescendencia habla con su siervo! Ciertamente tiene razon el Oriente, con el apóstol Santiago, para designar á Abraham con este bello título, el amigo de Dios (3), que Dios mismo le da por medio de su profeta (4). ¿Dónde encontrar, en efecto, cosa más divinamente amigable? El Eterno mismo se sienta á su hospitalaria mesa; porque así lo entienden todos los antiguos Padres, y entre los modernos, los más graves intérpretes. Uno de los tres, ó más bien los tres reunidos, es el Eterno, Jehová mismo. Abraham mereció, dice el Crisóstomo, recibir como huésped al Señor del universo con sus ángeles. Dios se descubre manifestamente cuando dice: «¿Hay alguna cosa difícil para Dios? Es decir, ¿no sabeis que siendo yo el Señor de la naturaleza puedo cuanto quiero? ¿No soy yo quien hace y trasforma todo? ¿No tengo yo el poder de la vida y de la muerte? ¿No te he prometido esto antes? ¿Lo que he dicho es imposible de ejecutar?» Cuando la Escritura añade, continua este padre: «Y habiéndose levantado de allí los hombres, volvieron los ojos hácia Sodoma y Gomorra,» habla de los ángeles. «Porque aquí, en la tienda de Abraham, los ángeles y el Señor aparecen al mismo

(1) Gén., 18.  
(2) Ps. 72.  
(3) Jacob., 2, 23.  
(4) Isaías, 41, 8.





tiempo; después, aquellos fueron enviados como ministros para destruir estas villas; pero el Señor permaneció para comunicar como un amigo á su amigo lo que iba á hacer (1). San Agustín está completamente de acuerdo con los demás. La Sinagoga piensa como los Padres de la Iglesia (2). En cuanto á los modernos intérpretes, no citaremos más que á dos: Michaelis entre los protestantes, y á Bossuet entre los católicos. Sobre estas palabras: «Y dijo el Señor: pues qué ¿podré encubrir á Abraham lo que voy á hacer?» El primero hace esta observación. «A partir de aquí, es bien claro que uno de los tres huéspedes, no solamente es Jehová, sino que se hace conocer, y Abraham le reconoce por tal (3).» «Por muy alto que se tome la Historia Sagrada, dice el segundo, se encuentra allí que Dios se aparece en figura humana á los patriarcas y á los profetas. Uno de los hombres que ve Abraham, y que recibe en su casa, se encuentra con que es el Señor mismo; Dios mismo, á quien nada es difícil; que da un hijo á Sara, aunque estéril; que perdona á los hombres, que los castiga, según las reglas de su bondad y de su justicia; á quien Abraham dirige sus ruegos como á Dios; que él mismo había como Dios; que dispone de todas las cosas con una suprema autoridad (4).»

Después de la bondad de Dios, lo que hay de más admirable es la caridad hospitalaria de Abraham. Tan pronto como descubre á los tres hombres, corre hácia ellos y se prosterna hasta la tierra. Y ¿qué gracia les pide? Que se dignen aceptar algunos alimentos. Habla de sus ofrecimientos con modestia; no es más que un poco de agua y de pan. Pero va á servirles todo lo mejor que tiene: tortas de la harina más pura, manteca, leche y el becerro más tierno. El mismo anciano de cien años, no sólo va á buscar todo esto, sino que corre; la Escritura

(1) Homil. 41 y 42, in cap. 18. Gen. Origen. Homil. 4, en C. 18. Gén.

(2) Drach., *Armonía entre la Iglesia y la Sinagoga*, lib. 1, p. 447 y sigs., p. 565 y 566.

(3) Michaelis. Trad. de la *Biblia* con observaciones.

(4) Bossuet, 10. serm., 6. elev.

tiene buen cuidado en decírnoslo. Él mismo les sirve, permaneciendo en pie delante de ellos. Sin embargo, él tenía á su disposición quizá más de mil siervos y siervas; era el mismo Abraham que triunfó no hacia mucho de los reyes de Elam, Senaar, Eliasar y Goim, y á quien los reyes de la Pentápolis proclamaban como el salvador de sus pueblos. No se acordará sino para salvarles todavía, si es posible. Pero esta vez tiene contra ellos enemigos mucho más temibles: ellos mismos, sus propios crímenes. ¡Ah! si se hubieran encontrado allí diez justos entre ellos, hubieran sido salvados todos con estos diez. Pero no hay más que uno; ¿será salvado solo de en medio de todos, en consideración á Abraham?

La encina de Mambré, bajo la cual Abraham recibió sus divinos huéspedes, ha sido venerada siempre entre los orientales. En tiempo del emperador Constantino, los judíos, los cristianos y aun los paganos, iban en peregrinación.

La historia de Abraham y de los tres huéspedes parece haber sido importada á Grecia por los fenicios, que llevaron allí también las letras del alfabeto, desconocidas antes de los griegos. En la Boecia, donde se fijaron desde luego los emigrados fenicios, una antigua tradición hablaba de un personaje, en el cual es difícil no reconocer alguna cosa de Abraham.

Era un venerable anciano, que no tenía hijos á causa de la esterilidad de su mujer. Trataba á sus huéspedes con tanto cuidado y bondad, que un día tres dioses quisieron de buen grado descender entre él. Para obsequiarles, les sacrificó un buey; es sin duda el becerro del patriarca. Encantados de su virtud, le dijeron que pidiera lo que quisiese. Les pidió un hijo, y ellos le prometieron que tendría uno al fin de los diez meses, lo que así sucedió. Hé aquí ciertamente una semejanza pasmosa: El nombre del personaje parece como hacerla más admirable. Siendo Abraham originario de Ur, en Caldea, habrá podido ser llamado por sobrenombre entre los fenicios, en medio de los cuales habitaba, el Urinario ó el Urita. Pues bien: el patriarca hospitalario de los fenicios de Boe-



cia, es llamado Hyrieus y Orieus. No es sino la terminación la que cambia (1).

Pero si recogemos con tanto cuidado todo lo que concierne á Abraham, nos olvidaremos de Sara, cuyo elogio hicieron con este mismo motivo San Pedro y San Pablo (2). Modelo de esposas, obedece á Abraham; ella por sí misma amasó la flor de harina y coció el pan de la hospitalidad y caridad. Llama á Abraham su señor, no por etiqueta y ante el mundo, sino

(1) *Memorias de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras*, tom. XXI, págs. 43 y 64.

(2) 1. Pet., 3. Hebr., 11.

reflejando en su palabra los sentimientos de su corazón. En verdad, no parece su fe desde luego tan perfecta como la del patriarca.

Al primer anuncio de que tendría un hijo, Abraham rió de alegría y de admiración; Sara, en parte, por desconfianza. Reprendida por esto por el Eterno, está tan asustada, que se la escapa una mentira, más bien de la boca, que del corazón. Pero al punto se repone y cree firmemente en la promesa que se la hace, como nos lo enseña San Pablo. En fin, por la virtud de su fe, concibió un hijo en un tiempo en que no podía esperarle según el orden de la naturaleza.